

# Blue Jeans



LA  
ÚLTIMA VEZ  
QUE PIENSO  
EN TI



*Blue Jeans*

**LA ÚLTIMA VEZ QUE PIENSO EN TI**

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Francisco de Paula Fernández, 2025  
© Editorial Planeta, S. A., 2025  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.editorialplaneta.es](http://www.editorialplaneta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: abril de 2025  
Depósito legal: B. 2.994-2025  
ISBN: 978-84-08-30091-5  
Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.  
Impresión y encuadernación: Egedsa  
Printed in Spain - Impreso en España



## PRÓLOGO

---

Mi nombre es Ángela Fletcher y soy escritora. Bueno, todavía no me considero una profesional. ¿Acaso hay chicas jóvenes que puedan vivir de los libros que escriben? Vale, imagino que Inma Rubiales. También Joana Marcus y Tamara Molina. Quizá alguna más. No es mi caso. A mis diecinueve años, tengo tres novelas publicadas y con lo que he ganado no me llega ni para pagar la luz del piso en el que actualmente vivo. Digo piso por no llamarlo zulo con plato de ducha. En Barcelona el tema de los alquileres está fatal. Mis veintiún metros cuadrados no cuentan ni con espacio para colocar una mesa en la que poder escribir. Por eso siempre me voy a las cafeterías a trabajar. En concreto, desde hace unos meses me paso el día en un Starbucks del centro. Hago doble turno: en uno preparo y sirvo frapús, caramel macchiatos y todo tipo de té, y en otro me siento en la mesa que está más cerca de la puerta del establecimiento, enciendo el portátil y doy rienda suelta a la imaginación.

Ahora me devoran los nervios. Estoy más tensa que de costumbre. ¡Y es que por primera vez tengo la oportunidad de publicar con una editorial tradicional! Una de las más grandes. No sé si estaré a la altura de las expectativas que se han creado en torno a mí. Por lo menos, quiero llegar sana y salva a la fecha de entrega. No me puedo retrasar en el

plazo que acordé con mi editora. Regina Ramírez me lo dejó muy claro el día que firmamos el contrato.

—Ángela, necesito el libro completo en la bandeja de entrada de mi correo electrónico el viernes 10 de noviembre. Tenemos que hacer una buena corrección, que durará varias semanas. Si queremos que esté listo para Sant Jordi no puedes retrasarte ni un solo día.

¡Estar en Barcelona por Sant Jordi como escritora es mi sueño desde pequeña! Yo no soy de aquí. Nací en Valencia, donde tuve una feliz infancia, por eso entiendo el catalán y lo hablo con fluidez. Tiene algunas diferencias con el valenciano, pero enseguida le cogí el truco. A los once recién cumplidos me marché con mi familia a Córdoba, donde mis padres pusieron una heladería. El negocio funciona tan bien que ellos y mi hermana pequeña continúan residiendo allí. Sin embargo, al llegar a la mayoría de edad me di cuenta de que necesitaba un cambio drástico en mi vida. Conocía por Internet a una chica que hablaba de libros en las redes sociales. Una bookstagrammer que empezaba a ser muy célebre. Buscaba con urgencia compañera de piso en Barcelona y sin pensarlo dos veces me lancé a la aventura. Aquella relación no acabó bien, pero me negué a regresar a Córdoba. Busqué un trabajo, encontré el zulo con plato de ducha y me apunté a un curso de escritura creativa. Ahí fue donde apareció Regina Ramírez, mi editora.

—Tranquila, Regina. Tendré el libro terminado a tiempo.

—¿Cuánto te queda?

—Unos capítulos.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Diez, doce... A lo mejor quince.

—¿Todavía? No llegas, Ángela. No llegas.

—Confía en mí. Llegaré, te lo aseguro.

Cumpliré con mi parte del trato, aunque tenga que pasarme las madrugadas despierta, escribiendo en mi diminuta cama o tirada en el suelo, hasta que no aguante más. Se lo había prometido a Regina. Cuando estaba a punto de tirar la toalla, apostó por mí. Es cierto que soy muy joven y que todavía me queda mucho por aprender, pero lo había dado todo en esas tres novelas anteriores y el resultado había sido mediocre. Una editorial me dijo que deseaba publicarme y que quería ofrecerme una promoción increíble. ¡La meta estaba muy cerca! Pero todo se fue a la mierda. Nada resultó como dijeron. Nos engañaron y la broma les costó un montón de dinero a mis padres. En el mundo editorial hay que tener mucho cuidado con lo que se firma. La letra pequeña hay que estudiarla con detenimiento. Luego nos enteramos de que esa empresa había estafado a otras chicas jóvenes como yo. Esos cabrones han desaparecido de la faz de la tierra y han borrado sus redes sociales, aunque no me extrañaría que hayan cambiado de nombre y sigan timando a personas ingenuas como yo, ilusionadas por publicar sus libros.

Mi editora ha leído esas tres novelas y me ha confesado que no eran del todo publicables. Tenían bastantes errores y en ellas trataba los temas de manera muy infantil. Sin embargo, algo debió de ver en esos libros como para contratarme y pedirme que escribiera para su editorial. De momento, mis novelas están en Amazon y no me han pedido que las retire. De vez en cuando aparece alguien que las compra y me dejan alguna reseña. Tal vez, si me va bien, las reescriba para quitarme un peso de encima. Creo que son buenas historias, pero les falta la madurez de la experiencia que tengo ahora. Este tiempo en Barcelona, viviendo lejos de mi familia, ha dado para mucho. Tanto que parte

de la novela que estoy escribiendo es autobiográfica. Y es que, como dice una escritora a la que admiro, «todos tenemos una historia que contar y que merece ser leída».

—¿Y de qué va la novela?

—Es una historia actual, con personajes muy del siglo XXI.

—Como todas —me dijo Regina la primera vez que hablamos del argumento del libro que había empezado—. Nos gustaría que fuera una novela como las que escribe Alice Kellen.

—Esas son palabras mayores.

—No vamos a compararte con ella, evidentemente.

—Menos mal. Me hundirías. Es la mejor.

—Tú podrás tener éxito algún día. Para eso trabajaremos. No te infravalores.

—No es infravalorarme, Regina. A pesar de que una de mis novelas era de fantasía, soy bastante realista.

—¿Esta es de fantasía?

—No. Es un *thriller*.

—¿Un *thriller*? Habíamos quedado en que harías algo juvenil.

—Es un *thriller* juvenil.

—Me da un poco de miedo. No es un género que funcione mucho ahora. Imagino que tendrá una potente historia de amor, ¿no?

—Por supuesto. Una intensa, complicada y apasionante historia de amor.

—¿*Enemies to lovers*?

—Sí, es parte fundamental de la trama.

—¿Alto nivel de *spicy*? ¿Muchas escenas subidas de tono?

—No quiero hacer *After* ni *Los Bridgerton*.

—Ni yo te lo pido.

—Tendrá sexo, pero no explícito.

—No fundas a negro a las primeras de cambio.

—No lo haré. Tranquila.

—¿Qué más? Cuéntame.

—Habrá muertos. Y una desaparición.

—Muy trillado. Hay un montón de series y de novelas con lo mismo.

—Lo haré a mi manera. Con mi propio estilo. Confía en mí, por favor.

A veces siento que no soy lo suficientemente buena en nada. Es como si la gente no valorase lo que hago. Es verdad que Regina y la editorial Pegaso me han dado cierta libertad para escribir la novela que creyera oportuno, pero cada vez que mi editora se pone en contacto conmigo me da la impresión de que cuestiona mis decisiones. Es normal. Soy una recién llegada al mundo de la literatura y estoy afrontando mi primera prueba de fuego. Aún no he empatado con nadie, como suele decirme mi padre. Debo escuchar a los que me rodean. Y lo hago. Pero, al final, el nombre que va a salir en la cubierta del libro es el mío. ¿No es esa suficiente presión para una novata?

—Bien. Un *thriller* juvenil, actual, con una desaparición, muertos, una potente historia de amor y escrito con tu estilo fresco y directo.

—Es un buen resumen.

—Usa el lenguaje que utilizáis los jóvenes de hoy en día para los diálogos. No te cortes.

—Lo haré. Menos lo de «bro». Me niego a que mis personajes digan «bro» o «hermano».

Era la primera vez que veía a mi editora reírse a carcajadas. La imagen de una mujer que rondaba los cincuenta años, habitualmente de semblante serio, desternillándose se me quedó grabada. Me contagió y también me partí de

risa. Nunca se ha vuelto a dar un momento parecido a ese entre nosotras.

Regina es toda una profesional del mundo de los libros. Una editora de las de antes. Para ella el libro está por encima del escritor e incluso de la propia editorial. Le gusta que la historia esté bien escrita. Alguna vez me contó que había rechazado trabajar con influencers o famosos porque no eran verdaderos contadores de historias. Si no sabían escribir bien no le interesaban. ¿Eso significa que me considera buena escritora? Posiblemente, lo que creo que Regina piensa de mí es que soy un diamante en bruto y que ella es capaz de pulirme. No solo leyó las tres novelas que subí a Amazon, también mis textos del curso de escritura creativa del que era profesora. Sus clases eran bastante anodinas en lo teórico, pero me encantaba escucharla descuartizar libros de autores consagrados. Le daba igual que fueran clásicos, intelectuales o *best sellers*. A ella el nombre de la portada le importa una mierda. Solo valora el contenido del libro.

—Regina es una auténtica hija de puta —me soltó Alonso Delgado, el dueño de la editorial Pegaso, la única vez que charlé con él—. Pero es nuestra hija de puta. La queremos. Eso no quita que un día me canse de sus manías y la eche. O la encuentren en la cuneta de una carretera secundaria con un tajo en el cuello.

No me hizo gracia el comentario de aquel hombre encorbatado y con una copa de vino en la mano, pero me reí. El poder del poder. No me cae muy bien y encima me tocará ponerlo en los agradecimientos. Eso si llego a tiempo de entregar. Porque estamos a unos días de la fecha y no lo tengo muy claro. Y es que no es sencillo planificar un libro repleto de asesinatos y desapariciones con los que intentaré que el lector no se despegue de la novela.